

En torno al problema de la crisis corchera



La Herida luminosa

Antes de escribir nuestro artículo, queremos agradecer a los señores L. d'A. y «Cronista» el haber aportado a las columnas de ANCORA — el primero en serio-serio, y el segundo en broma-seria — el problema de la Industria básica comarcal.

El reportaje de L. d'A. prueba como solamente periodos de anormalidad en el mundo han dado a nuestra Industria, durante los últimos 18 años, sus mejores momentos. ¡Qué pena, si solamente una conflagración mundial o un «boom» — sea en Corea o Panamá — puede proporcionarnos el trabajo necesario, para que la Industria de exportación marche a buen ritmo! ¿Será eso verdad? Cuidado; porque los números tienen su filosofía, y no vayamos a ser como el avestruz. Tranquilizaos. No será necesario, creo yo, que el corchero atente contra su propio sentir y vaya a confabular con esos poderosos trusts que, según cuentan, provocan guerras. Y no será necesario, porque se ha empezado en querer averiguar si la Industria tiene realmente crisis o no. Yo no sé lo que dirá el Diccionario, ni me importa, — con permiso de la Academia —, de la palabra crisis.

Puesto que, para mí, crisis significa ausencia de comprador; y la Industria de lo que sufre es de imposibilidad de vender, existiendo el comprador. Por lo tanto, no tiene crisis. Hay que dar otro nombre, pues, al mal que la aqueja, o hay que buscar sin pudor, el nombre propio que corresponde a su mal, a su terrible mal. Y buscarle remedio. Para mí, — otros pueden que le den otro diagnóstico — la Industria sufre de «dolaritis». Su dólar — que es su sangre — está anémico. En consecuencia, será preciso vitaminizarlo, para que, regenerado, eufórico, pueda de nuevo correr por todo el cuerpo de la Industria, vigorizándolo todo, Empresa y Productor.

Otro mal, son los tópicos. Me gustan las cruzadas que, de vez en cuando, se lanzan contra los tópicos. Menos mal, que la nueva generación no los incorpora con gusto a su léxico; y así es muy posible que se mueran de puro desuso. Pero, no obstante, quiero denunciar dos tópicos para que dejen ya de hacer daño: ya que no permiten enfocar el problema en su justo valor, minimizan las causas de la decadencia natural de la Industria, dando una falsa confianza en su prosperidad a corto plazo, y privan así de poner remedio, a tiempo, a su verdadero mal. El primero de todos es el de que «el suro sempre sura». No señores, el corcho puede también hundirse. ¡Cuidado! No sea que, sin saber como, los que del corcho vivimos, nos encontremos reunidos, un buen día, alrededor de un gran depósito de agua en vez de una mesa en sesión, tratando de averiguar por qué lo que ayer «surava», hoy ya no puede.

El segundo es el de que el inminente aumento del nivel de vida, tanto del chino como del indio, absorberá tanto tapón que será necesario partir cada uno en dos. ¡Ilusiones...! Podrá, en buena hora, aumentarse el nivel de vida del buen chino y quitarle con esto el «bouquet» para el licor de arroz, y puede también que al sufrido indio, gordo ya de comer carne de vaca, le entre una buena y esperanzadora sed. Todo esto y mucho más creemos posible que acontezca.

Esta vez le ha correspondido al cine español el trasladar a la pantalla una obra teatral de tremendas pasiones como lo es «La Herida luminosa» debida a esta brillante pluma del teatro catalán que se llama José M^a. de Sagarra. La empresa era importante: recoger una obra de intenso dramatismo nacida para las tablas y continuar con el mismo dramatismo para la cámara cumpliendo con las exigencias cinematográficas que requieren una adaptación de tal naturaleza.

Esta tarea corrió a cargo del Director Tullio Demicheli, lográndola casi plenamente. Porque son de un asombroso realismo todas las escenas de motivo clínico que se presentan en el film; son de un encanto natural todos los momentos de la calle, como por ejemplo al iniciarse la película con la entrada y salida del Hospital de los personajes en escena, y las escenas en el Sena, en París. En todos los exteriores se mantiene la profunda vida de unos seres atormentados; allí precisamente donde les rodea la infinidad de un escenario. Pero no ocurre lo mismo en algunos interiores hogareños de la película en donde una profusión de mobiliario, una exhibición pomposa de decoración absorbe la humanidad de los personajes, quienes, algunas veces, diríase buscan su lugar señalado entre la decoración que les rodea, igual a como podrían hacerlo en las tablas.

El diálogo seguramente permaneció lo más fiel posible al original teatral. Pero no importa para que sobran ciertas irreverencias en el médico Molinos que con sólo su inculcable proceder frente a una vocación religiosa de su hijo, junto a su indigna vida familiar, aunque luego llegue la redención, eran más que suficientes para expresar la elocuencia de su indignación y arraigado rencor hacia unos hábitos.

Pero «La Herida luminosa» es un film que penetra hondo en el sentimiento humano, porque expone magníficamente el problema vital de la obra. Porque Arturo de Córdova compone su papel con serena dignidad. Porque la bella mejicana Yolanda Varela encarna una Adela que sabe irradiar toda la pasión, todo el pecado que en la película le corresponde. Y porque Amparo Rivelles junto con José M^a. Rodero y el veterano actor Sr. Martori se muestran a la altura que su arte les separó. — C. Isern Ll.

Pero mucho me temo que, llegado este feliz momento, lo que destapen (que es éste, señores corcheros, el verbo que necesitamos, no el de tapar) sea un Coca-Cola con un disco de perlón.

Dejémonos, pues, de tópicos. La alegre «peixopalada» ¡ay!, amigo «Cronista», tampoco puede ya volver. Seamos, los corcheros, realistas, queriendo vivir nuestra propia realidad. Y ayudemos, con la cabeza y también con el corazón, a cuantos laboran con entusiasmo para devolver a la Industria el prestigio y el bienestar que por distintos caminos ha perdido. — Capnet

Continuación de
"Como nace
en que forma se desarrolla
y como desaparece
el jugador de fútbol"

Todos llevamos un ídolo deportivo en nuestro interior; un ídolo que en nuestras juveniles imaginaciones alcanzan indebidamente la categoría de héroe. Por instinto de imitación renemamos a seguir aquellos movimientos que le hemos visto realizar mil veces y por ello cada estilo marca una época y cada ídolo puede crear una escuela. La gloria de Zamora sirvió para que en nuestra juventud cuando se trata de organizar un encuentro entre muchachos de la calle, quisieran en su mayoría defender los postes de una hipotética que formábamos con prendas de vestir, alguna que otra bolsa escolar y más de un libro. Samitier hizo prender con fuerza en la juventud la afición por el regate y hoy es fácil ver a los niños con sus ligeros balones de goma, intentando hacer malabarismo «com en Kubala».

Aquí quisiera hacer un punto y aparte para dirigirme a todos los jugadores destacados para que comprendan la responsabilidad que adquieren cuando entran de lleno en la categoría de ídolos, puesto que su poder de atracción es tan enorme, que su ejemplo es seguido, no solo en deporte, sino incluso, fuera de lo deportivo, ya que parece bien todo cuanto al «ídolo» así se lo parezca. Si llegó a «ídolo» a través de una vida deportivamente ejemplar, es fácil que sean muchos los que vean en él una lección que aprender y si, por el contrario, el «ídolo», hace uso y abuso de sus facultades para seguir el camino opuesto, es fácil también que caigan en él muchos de sus admiradores.

(Continuará)

Hostal de La Gavina

Fernando FEBRER

PINTURA DECORATIVA E INDUSTRIAL

Economía y perfección en los trabajos.

Pida presupuesto sin compromiso

Algabira, 98 Encargos: Tel. 285

SAN FELIU DE GUIXOLS